

Vino Lucía, con Andreu

por Xosé Neira Vilas

Se venía anunciando. Se venía diciendo... y todo quedó en un rumor: Lucía y Andreu, su marido, andaban por los pueblos de lejos, y luego por los alrededores, pero no acababan de llegar a nuestra aldea.

Nosotros rabiábamos por ver aquel espectáculo del que tanto se hablaba. No nos importaba lo que fuese, pues tampoco podíamos andar en juego de comparaciones. A este lugarejo nunca venía nada.

Sin más, llegó la noticia: Lucía y Andreu asentaban aquí unos días. Y todos nos pusimos muy contentos por adelantado. Todos.

Fernando y yo llevábamos un día el ganado a pastar al monte; un día en que no había clases debido a una fecha oficial. Y vimos llegar un camioncito viejo que refunfuñaba camino adelante.

—¡Lucía!— exclamé yo, y una mujer me sonrió desde la cabina.

Ni recogida de piñones, ni silbatos, ni trampas para pájaros... Nada. Todo nuestro pensamiento estaba fijo en aquellos forasteros del camioncito. Regresamos enseguida.

Unos tubos de hierro, una lona verde, unas sillas plegables, y poco más. Aquella pareja habilidosa —se decía que eran catalanes— armó enseguida aquel armatoste. Al anoecer, encendieron varias luces de carburo. La gente fue llegando. Lucía cobraba las entradas y Andreu tocaba un trombón en la puerta, como llamando a los vecinos.

Sería largo contarlo en detalle. Y tampoco lo recuerdo todo. Recuerdo, eso sí, a Lucía, pelo suelto y vestido de muchos colores, cantando con gran donaire y también bailando un tango con su marido. La recuerdo en el trapecio, balanceándose peligrosamente mientras Andreu tecleaba en un acordeón. Recuerdo aquel juego entre los dos, de palitroque va y palitroque viene, y luego los cuchillos relucientes, que quedaban clavados en una tabla, y los pañuelos de seda (verdes, azules, anaranjados), y una paloma juguetera, y los huevos



que bajaban como del techo, y el tronizador cortando un baúl, y aquella espada garganta abajo... ¡Qué sé yo!

Se veía que era ella quien lo dirigía todo, y, además, ella era quien hablaba con la gente, y quien decía a los niños que entrasen aunque no tuviesen dinero.

Y nosotros embobados, casi enamorados de Lucía, viendo todo aquello por primera vez, cavilando en que esta aldea era algo, algo más que estiércol y fango. Que si había venido Lucía vendrían otros...

Hubo una segunda función, en la que también estuvimos. Y al ter-

cer día se fueron. Fernando y yo les ayudamos a recoger los asientos, la lona, los tubos de hierro. Guardamos los trebejos de la magia, doblamos vestidos y cuerdas, pusimos en su lugar cada argolla, cada instrumento de música.

Como era temprano, nos sentamos los cuatro en la hierba. Andreu hablaba poco. A ratos miraba el reloj y daba una ojeada al camino. Pero Lucía no le hacía mucho caso. Lucía quería saber de nosotros, de la escuela, de nuestro ir y venir, de los juegos, del trabajo, de la familia, de los vecinos.

Lucía era una mujer cariñosa. Allí sentada no nos parecía tan jo-

ven como cuando la veíamos cantar y bailar. Era alegre, conversadora, pero se le notaba en los ojos que le dolía la vida. Algo así. Al final nos dio unos caramelos y un beso a cada uno.

Nosotros nos quedamos como tontuelos. El camión jadeaba camino abajo, como deletreando un no-doy-más. Tras él quedaba una nube de polvo. El camión era algo así como un pedazo de aquella pareja andariega. Sin él no podrían moverse. El camión se nos fue haciendo cada vez más pequeño; ya no era más que una sombrita en el horizonte. Luego, ni eso: desapareció en una vuelta de la loma.